

DESTRUCCIÓN, CONCIENCIA DE CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN DEL PATRIMONIO ARQUITECTÓNICO DE LA CIUDAD DE VALENCIA EN EL SIGLO XIX: EL EJEMPLO DE LOS MONUMENTOS GÓTICOS

VICENTE ROIG CONDOMINA y LUISA SEMPERE VILAPLANA

Departament d'Història de l'Art, Universitat de València

Abstract: In the last decades of the 19th century Valencia will manifest a great preoccupation for its gothic buildings because of its deficient conservation. In order to preserve them, the Council will determine to begin its restoration.

Key words: Restoration / Gothic Architecture / 19th century / Valencia

Resumen: En las últimas décadas del siglo XIX se afianza en Valencia una enérgica corriente de opinión sensibilizada ante el gran deterioro en que se hallan las máximas expresiones artísticas del pasado de la ciudad, sobre todo los monumentos góticos, reivindicándose su conservación y restauración ante la amenaza de su pérdida o continuo menoscabo. Ante tal realidad, diversas instituciones, como tutelares del patrimonio histórico-artístico, especialmente el Ayuntamiento, tomarán conciencia del problema y de la necesidad de promover y ejecutar las medidas necesarias para remediarlo.

Palabras clave: Restauración / Arquitectura gótica / Siglo XIX / Valencia

A lo largo del siglo XIX, Valencia sufrió graves pérdidas arquitectónicas. Con la Guerra del Francés, por cuestiones tácticas, se destruyeron el Palacio Real y los conventos de la Zaidía, San Juan de Ribera y el de la Esperanza. Tras la muerte de Fernando VII y la supresión de las comunidades religiosas, varios conventos, como los de la Merced, la Magdalena y la Puridad sufrieron la misma suerte. Otros fueron adaptados a diferentes necesidades públicas, pero fueron objeto de reprochables reformas y desfiguramientos: los del Pilar, Santo Domingo y San Francisco fueron convertidos en cuarteles o parques militares; el de San Agustín y el de Santa Ana, en presidios; el del Carmen, en museo, y el de la Corona en casa benéfica, entre otros. Durante el proceso revolucionario de 1868 a 1874 los daños fueron cuantiosos: se derribaron los conventos de San Cristóbal y Santa Tecla; se transformó el de San Pío V en hospital militar y el de Jesús en manicomio, y se convirtió el monasterio de San Miguel de los Reyes en correccional, por citar algunos ejemplos.

Con el derribo de las murallas, resuelto por el gobernador Cirilo Amorós en 1865 y seguido a lo largo de todo el siglo, cayeron las puertas del Mar, la nueva de Ruzafa, la de la Trinidad, la del Real, la de San José y otras más.

El panorama tampoco cambió por completo en el último cuarto del siglo y la destrucción de edificios antiguos continuó. Casi siempre se alegaba su estado ruinoso, pero encubiertamente existían intenciones espe-

culativas, bien que entonces era capital preocupación del Ayuntamiento el ensanche de calles y plazas. Otras veces, y fue menos justificable, las causas eran la dejadez de las instituciones y el conformismo e indiferencia de los ciudadanos.

En esta época, en 1877, se perdió la Lonja del Aceite por ruinoso y sin que se intentara su salvación al no considerarla estéticamente de gran valor. La Bailia, que amenazaba ruina, fue derribada casi por entero por su propietario para construirse una lujosa y moderna vivienda. El palacio de Mosén Sorell fue devorado por un incendio en 1878 y aun cuando podía haberse recuperado su magnífica portada del siglo XV, que era por lo que en algún momento clamó la opinión pública, fue vendida a un anticuario francés en 1882 al no haber ninguna institución que pagara los 6.000 reales que se demandaban.¹

La demolición de edificios históricos a lo largo del XIX en Valencia era sistemática y no se hizo demasiado para remediarlo. No obstante, será en las últimas décadas del siglo cuando se revelará una enérgica corriente de opinión, sensibilizada ante el gran deterioro en que se hallaban las máximas expresiones artísticas del pasado de la ciudad, reivindicándose su conservación y restauración ante la amenaza de su pérdida o continuo menoscabo. Esta corriente intelectual, que exaltaba la pasada época de esplendor de la historia valenciana, debía fijarse en la Baja Edad Media, el período de mayor auge económico-cultural de la ciudad, y en el góti-

¹ Cfr. *Las Provincias*, 17 marzo 1878, p. 2; 5 abril 1878, p. 2; 4 marzo 1880, p. 2; 15 marzo 1882, p. 2, y 9 diciembre 1883, p. 1. Véase también "La casa de Mosén Sorell", *Valencia Ilustrada*, 24 marzo 1878, pp. 94 y 95.

co como expresión artística suya, coincidiendo con el momento en el que los historicismos, sobre todo el neogótico, se afirmaban de manera notable en la arquitectura de nueva planta.

Ilustrativo de esta nueva conciencia de necesidad de conservación de los monumentos góticos de la ciudad fue un artículo publicado en el diario *Las Provincias* a principios de 1879² donde, a propósito de la debatida cuestión del ensanche de la ciudad, se denunciaba el penoso estado de algunos de los máximos exponentes arquitectónicos del gótico valenciano, entre ellos la Lonja de la Seda y las Torres de Serranos.

El articulista no se limitaba, como era costumbre, a plantear diversas reformas de trazado urbanístico, sino que también resaltaba que las ciudades de "ilustre abolengo" no debían contentarse únicamente con poseer anchas calles y plazas, sino conservar, además, los monumentos heredados del pasado. Entendía por insuficiente el que las corporaciones impidiesen la desaparición de una u otra fábrica arquitectónica y apuntaba la necesidad de destinar una cantidad anual, por modesta que fuera, para corregir los destrozos del tiempo o las injurias de otras "generaciones menos estimatoras del mérito artístico".

Protestaba contra la negligencia que había permitido que la Lonja se encontrara en tan avanzado estado de deterioro y reprendía a las autoridades municipales por su escaso pundonor al no hacer nada para solucionarlo. Su estado de conservación era verdaderamente alarmante: los adornos de las ventanas habían sido rotos para abrir más ancho paso a la luz; la fachada estaba sucia de amarillenta cal y con infinidad de pegotes de yeso; las bóvedas del Salón Columnario estaban llenas de telarañas, y la leyenda dorada de sus paredes era ilegible. La conveniencia de restauración se hacía extensiva a las Torres de Serranos, que aparte de los grandes deterioros producidos por los años, habían sido desnaturalizadas al terraplenar los fosos, ocultando su basamento en talud, lo que aparecían achatadas y carentes de "gallardía". De manera significativa, en el mismo artículo, se exhortaba a que se realizase una "verdadera restauración acorde con su primitivo estado". Se proponía también el derribo de las casas adosadas para que quedasen aisladas en el centro de una plaza semi-circular, a la manera que se había hecho en Madrid con la Puerta de Alcalá.

Por supuesto, los monumentos que más centraron la atención de la opinión pública en Valencia durante el siglo XIX, por su necesidad de ser restaurados y, desde luego, por su titularidad municipal, lo que involucraba a todos los contribuyentes, fueron la puerta de Serranos y la Lonja de la Seda, por otra parte, dos de los ejemplos más representativos del esplendoroso pasado medieval valenciano, de los siglos XIV y XV, respectivamente. Continuamente denunció la prensa su deterioro

y, una vez iniciadas las obras de restauración, nunca dejó de seguir, con bastante rigor crítico, cuantas mejoras se realizaban en ellos.

La restauración de la Lonja de la Seda

Pese a un temprano proyecto de transformación de la Lonja de 1864 estudiado por el arquitecto Antonino Sancho para ubicar allí las operaciones de la Bolsa, donde se precisaba que se aplicarían "todos los adornos necesarios para darle el aspecto gótico" que requería por ser una de las obras "monumentales de mas mérito de Valencia",³ casi a finales del XIX, este edificio seguía sin ser objeto de demasiada atención. La posibilidad de su restauración sólo comenzó a tenerse verdaderamente en cuenta a partir de octubre de 1876, cuando el alcalde-presidente Elías Martínez Gil presentó una serie de documentos que probaban la propiedad municipal del edificio, al tiempo que un proyecto que venía gestando desde hacía tiempo. En éste proponía que en la Lonja se estableciera una exposición permanente, sin que ésta impidiera las transacciones comerciales, y redactaba una memoria descriptiva donde se enumeraban los graves desperfectos que se notaban en el edificio y que debían remediarse, dándose prioridad a su reparación. Diversas subcomisiones se encargarían de llevarlo a efecto, entre las que figuraba una dedicada a la restauración, compuesta por estudiosos y artistas tan entendidos como el marqués de Cruilles, Vicente Boix, Salustiano Asenjo, Joaquín María Belda, Ricardo Soria, Vicente Constantino Marzo y Gonzalo Salvá Simbor.⁴

A pesar de todo, el proyecto de celebrar una exposición permanente en la Lonja nunca fue llevado a cabo, aunque ésta sirvió como escenario de alguna que otra exposición a lo largo del siglo XIX, que tuvieron un claro efecto sobre la concienciación colectiva de intervención en el edificio. Por otra parte, y aunque la restauración se demoró algunos años, la opinión pública no cejó en su empeño de la necesidad de reparación, tanto de la Lonja como de las Torres de Serranos, siempre que se proponían mejoras para la ciudad.

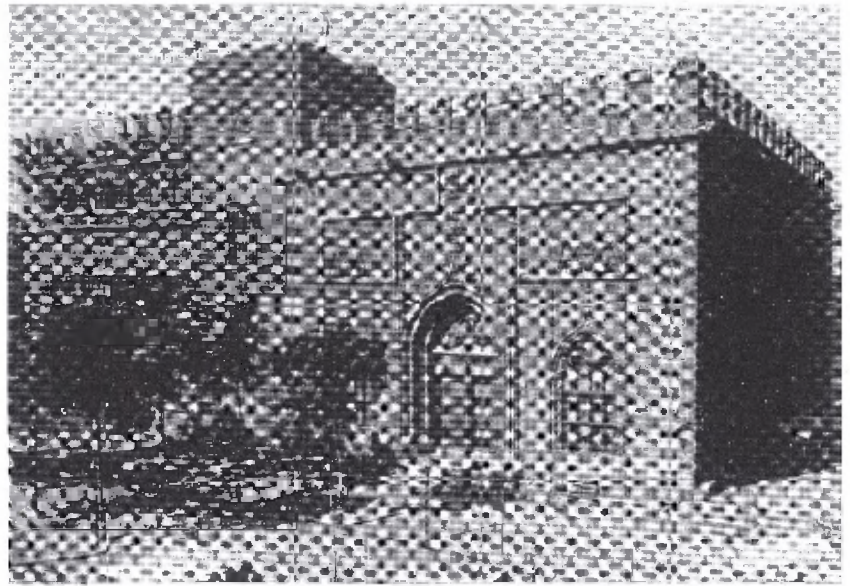
No sería sino hasta julio de 1879 cuando se procediera a la limpieza del Salón Columnario, donde se quitaron las telarañas y se taparon unas grandes manchas de humedad en las bóvedas, puesto que en aquel mismo mes debía celebrarse en sus salones una exposición artística que formaba parte de los festejos de la que comenzaba a ser tradicional Feria de Valencia. La muestra fue un gran éxito, despachándose más de 20.000 billetes, de manera que fueron muchas las personas que pudieron observar el deterioro del edificio, y no en vano la prensa local denunciaba poco después el mal estado de su techumbre.⁵ Como no hubo continui-

² Cfr. R., "Mejoras de Valencia", *Las Provincias*, 5 enero 1879, pp. 2 y 3.

³ Véase "Mejora...", *Diario Mercantil de Valencia*, 26 febrero 1864, pp. 1 y 2. En este proyecto, más bien exiguo, Antonio Sancho proponía, para el fin señalado, la transformación de las tres piezas que ocupaba el tribunal de comercio: la capilla, donde se restaurarían las dos ventanas ojivales y se construiría un pavimento de mármol; el agregado departamento destinado a archivo, donde también se dispondría pavimento de mármol, y el cuerpo situado en el jardín junto al pozo, que se reconstruiría dándole el mismo estilo arquitectónico. Además, se repondrían todas las puertas y ventanas de las tres estancias.

⁴ Cfr. *El Mercantil Valenciano*, 4 octubre 1876, p. 2; 5 octubre 1876, p. 2, y 9 noviembre 1876, p. 2; *Las Provincias*, 5 octubre 1876, p. 2; 6 octubre 1876, p. 2; 9 noviembre 1876, p. 2, y 2 diciembre 1876, p. 2, y *La Gaceta Valenciana*, 28 noviembre 1876, p. 2, y 3 diciembre 1876, p. 2.

⁵ Cfr. *Las Provincias*, 13 julio 1879, p. 2; 5 agosto 1879, p. 2, y 21 septiembre 1879, p. 2.



Valencia. Lonja de la Seda (fotografía extraída de *Panorama Nacional, portafolio fotográfico de España*, s. I., s. n., 1801-1900). Obsérvese la torre sin concluir, el mal estado de la tracería de los ventanales ojivales y el grupo escultórico del tímpano de la portada con los atributos de la Industria y el Comercio.

dad en la celebración de exposiciones municipales, ya que la Comisión de Feria acordó al año siguiente no celebrarlas de forma anual para no cansar a los industriales con escasas novedades, las necesitadas reparaciones y la restauración del edificio volvieron a huir de la memoria.

De todos modos, unos años después, la Lonja fue de nuevo escenario de otra exposición en julio de 1882, esta vez organizada por el Ateneo-Casino Obrero como muestra de productos industriales.⁶ Como el otro certamen, también éste supuso un gran éxito de público, dado que varios miles de personas lo visitaron, y qué duda cabe que muchas serían las que advertirían el lamentable estado del inmueble. Unos meses después se iniciaban las primeras reparaciones, que se limitaron en un primer momento a consolidar la estructura del edificio. De vital importancia para la subsistencia de éste resultaba el arreglo de la deteriorada cubierta del Salón de Columnas, por lo que los arquitectos municipales se aprestaron a levantar el plano y a formar el consiguiente proyecto y presupuestos. Por motivos económicos, se tuvo que desistir del original propósito de realizarla toda de hierro, considerando suficiente para la solidez deseada el alternar hierro y madera, lo que rebajaría considerablemente los gastos, que se calculaban en la seria cantidad de 14.923 pesetas. Pero la tramitación de esta mejora tan necesaria permaneció durante largo tiempo paralizada, si bien se creó una comisión para que, junto con el arquitecto mayor, inspeccionase el edificio y emitiese los dictámenes convenientes. El estado de la techumbre debía de ser tan desastroso que la prensa no dudaba en llamar la atención del Ayuntamiento por su pasividad, advirtiéndole de la inminente ruina que amenazaba y del peligro que suponía, dado el

numeroso público que visitaba el local, al tiempo que hacía ver la gran mengua que habría de suponer para el pueblo valenciano su pérdida. Insensatamente, las obras más importantes que se realizaron por aquellos días se limitaron a la reparación del reloj.⁷

La lucha por la conservación de la Lonja no se reanimo hasta 1886, año en que la Comisión de Monumentos de la provincia dirigió una comunicación a la Comisión Mixta de las Academias de Historia y de Bellas Artes de San Fernando, interesándolas para que lograsen del Gobierno la declaración, junto con otros edificios, de monumento nacional.⁸ Pero tampoco fue demasiado lo que entonces se hizo para mejorar el aspecto de la Lonja, reduciéndose la intervención a su limpieza y a la colocación de cristales de colores en los ventanales.⁹

Con todo, tras años de espera, tomó vigor el ansiado pensamiento de restauración, encargándose de la dirección de las obras el arquitecto municipal Gerardo Roig Gimeno. A partir de febrero de 1891 volvieron a reanudarse los trabajos de adcentamiento, que comenzaron por la reconstrucción de algunos vanos, la sustitución del pavimento y, sobre todo, por el picado de las capas de cal que cubrían bóvedas, paredes, columnas y adornos de las puertas del Salón Columnario y de la capilla; motivo este último que suscitaba en la prensa sospechas de que no iba a producirse una adecuada actuación.¹⁰ De hecho, el empleo de la "martellina" para arrancar la cal despertó constantemente la indignación de la opinión pública, puesto que acababa con la pátina de la piedra, confiriendo al edificio un aspecto novedoso y en desentono con su conjunto. Entre las mejoras que siguieron figuraron la colocación de 54 escalos-

⁶ Cfr. "Exposición industrial y artística en la Lonja", *Las Provincias*, 23 julio 1882, p. 2 y "Apertura de la Exposición Industrial y Artística", *El Mercantil Valenciano*, 23 julio 1882, p. 3.

⁷ Cfr. *El Mercantil Valenciano*, 21 septiembre 1882, p. 2; 18 noviembre 1882, p. 2; 26 noviembre 1882, p. 2; 13 enero 1883, p. 2; 24 febrero 1883, p. 2; 12 octubre 1883, p. 2, y 18 noviembre 1883, p. 2.

⁸ Cfr. *El Mercantil Valenciano*, 11 julio 1886, p. 3 y *Las Provincias*, 2 octubre 1886, p. 2.

⁹ Cfr. *Las Provincias*, 18 febrero 1888, p. 2.

¹⁰ Cfr. *Las Provincias*, 14 febrero 1891, p. 2 y 20 mayo 1891, p. 2, y *El Mercantil Valenciano*, 10 abril 1891, p. 2.

nes nuevos en la escalera de espiral y el adorno de piedra sobre su puerta de acceso, así como la total renovación de la cubierta de las bóvedas.

Auxiliado por los canteros Félix Llaucher y Manuel Garcerán, la dirección de la parte escultórica se confió a José Aixa Íñigo, de quien informó muy favorablemente la Sección de Arquitectura de la Academia de San Carlos sobre los primeros trabajos de restauración de los ventanales del Salón Columnario. De todos modos, y pese a que incurrió en un error iconográfico al representar una Anunciación con el Niño, la intervención más elogiada de Aixa fue el grupo escultórico del tímpano de la portada principal, que figuraba la Virgen con el Niño en brazos y dos Ángeles a los lados sosteniendo la inscripción: "Deu vos salve, María plena sou de gracia". Dicho grupo se terminó en mayo de 1893 y sustituyó a los atributos de la Industria y el Comercio que allí se habían fijado.¹¹ Sin embargo, no fueron vistas con buenos ojos otras fantasiosas obras realizadas por el mismo escultor.

A pesar del bajo presupuesto destinado a la restauración de monumentos municipales, los trabajos comenzados en la Lonja siguieron sin interrupción a lo largo de 1894. Se reparó la fachada recayente al jardincillo, el salón inferior del Consulado del Mar y el único ventanal que faltaba en éste.¹²

La cuestión más debatida y continuamente desaprobada por la Academia fue la del remate almenado con decoración de coronas de la torre que había proyectado en 1894 el arquitecto mayor Antonio Ferrer Gómez.¹³ Esta polémica parte de la torre, que no se completaría hasta principios del siglo XX, centraría la atención de la restauración en el último lustro del siglo XIX.

En 1895 la Academia informaba negativamente sobre el proyecto de remate de la torre de la Lonja; no era partidaria de la construcción de almenas, ni de otros elementos cuya existencia anterior no estuviera comprobada, aspirando tan sólo a que se practicaran en aquella parte las obras necesarias de restauración y consolidación, sin nuevos aditamentos, por característicos que fuesen. Mostrándose supuestamente de acuerdo con este prudente dictamen de la Academia, el Ayuntamiento comenzó las obras de dicho torreón, limitándose a sustituir por bóveda de piedra la que existía de ladrillo. La construcción de la nueva bóveda venía determinada por unos arranques conservados, lo que argumentaban para aumentar significativamente la altura de los muros de la torre. Asimismo, en el mismo año, se restauró completamente la portada del Salón Columnario recayente al jardincillo.¹⁴

Las obras practicadas hasta ese momento no resultaron, desde luego, del agrado de la Academia y, en 23 de febrero de 1896, ésta emitió un nuevo informe en el que reiteraba su ya manifestado desacuerdo con la realización de añadidos en el edificio, incidiendo una vez más en que los trabajos debían limitarse a la reparación de los desperfectos y a los de exclusivo carácter de consolidación, sin modificar ninguna de las partes del grandioso monumento.¹⁵

Por otra parte, la impresión que suscitó la visita a la Lonja que por aquellos días verificaron los socios de Lo Rat-Penat, no resultó demasiado halagüeña, ya que tuvieron ocasión de ver bajar el agua que caía desde la techumbre por la escalera de caracol que hacía poco había sido restaurada.¹⁶ No obstante, una semana después, tras una nueva inspección de Lo Rat-Penat a la Lonja y las Torres de Serranos, uno de sus miembros elogiaba en la prensa local la labor y el esfuerzo del Ayuntamiento en proseguir los trabajos de restauración pese a las dificultades económicas; así como su "moderna" sensibilidad por recuperar las señas de identidad valencianas a través de dos edificios únicos en su clase y máximos exponentes del glorioso pasado de la ciudad; motivo por el que reclamaba que esta sociedad de "amadores de las glorias valencianas" debía reconocerlo públicamente para alentar la actuación municipal.¹⁷

Evidentemente, la falta de consignación del Ayuntamiento seguiría siendo el principal obstáculo para la prosecución de las obras, que finalmente tuvieron que paralizarse en octubre de 1896. Tampoco las ayudas externas eran demasiado generosas; por ejemplo, la Comisión de Monumentos, Archivos y Museos provinciales, después de hacer suyo el dictamen emitido por la Academia de Bellas Artes relativo a los trabajos en la torre, únicamente destinó la exigua cantidad de 100 pesetas a la conservación y reparación de la Lonja, las Torres de Serranos y otros monumentos municipales, que a todas luces resultaría insuficiente.¹⁸

Pese a todo, un mes después, la Comisión Municipal de Monumentos, Archivos y Museos acordó que se procediera a la terminación de las obras que se ejecutaban en la torre, aunque se limitarían a la colocación de tres hiladas de piedra que servirían de antepecho a su terraza o remate.¹⁹

En un resumen sobre las intervenciones realizadas en la Lonja durante 1896 que publicó el Almanaque de *Las Provincias*, se indicaba que la torre había sufrido una considerable elevación, que la dirección técnica de las obras volvía a justificar en el sentido de haberse

¹¹ Cfr. *Las Provincias*, 12 agosto 1891, p. 2; 14 diciembre 1891, p. 1, y 1 junio 1893, p. 2. Véase asimismo *El Mercantil Valenciano*, 1 julio 1891, p. 2. Sobre la intervención de Aixa véase también el artículo de Vicente Vidal Corella, "La restauración de la Lonja y las Torres de Serranos", *Las Provincias*, 17 septiembre 1989, p. 38, donde destaca la actividad artística del escultor y sus trabajos de restauración en ambos monumentos, y el libro de Salvador Aldana, *La Lonja de Valencia*, Valencia, 1988, que también incide sobre su restauración decimonónica y el papel desempeñado por Aixa.

¹² Cfr. "Arqueología valenciana. 1894", *Almanaque Las Provincias para 1895*, pp. 207-211.

¹³ Cfr. *Las Provincias*, 5 enero 1893, p. 2; 15 enero 1893, p. 2, y 21 septiembre 1894, p. 2.

¹⁴ Cfr. "Arqueología valenciana. 1895", *Almanaque Las Provincias para 1896*, pp. 183-188.

¹⁵ Cfr. *Las Provincias*, 24 febrero 1896, p. 2.

¹⁶ Cfr. *Las Provincias*, 25 febrero 1896, p. 2.

¹⁷ Cfr. Un valencianista, "Un ruego a Lo Rat-Penat", *Las Provincias*, 2 marzo 1896, p. 2.

¹⁸ Cfr. *Las Provincias*, 7 marzo 1896, p. 2 y *Las Provincias*, 12 octubre 1896, p. 2.

¹⁹ Cfr. *Las Provincias*, 22 noviembre 1896, p. 2.

ajustado a lo que exigían los arranques existentes de la bóveda iniciada por el primitivo constructor, y que se había coronado con grandes y nuevas gárgolas que, aunque podrían ser consideradas necesarias, no producían buen efecto por faltar un antepecho o pretil del que no debería prescindirse para mejorar su aspecto. El salón del Consulado se encontraba ya libre de "postizas techumbres y tabiques", pero lamentablemente tan sólo quedaban escasísimos restos de las tribunas y la decoración del artesonado, de los que se solicitaba su conservación. Lo que más urgía era terminar de componer la cubierta para impedir los lamentables daños que seguía ocasionando el paso de la lluvia, y que, mientras tanto, se elaborase el ansiado proyecto acabado de severa restauración, para impedir que se cometieran más "desaciertos" en el monumental edificio.²⁰

Durante los años de 1897 y 1898 hubo escaso movimiento y lentitud en las obras de restauración de la Lonja, que prácticamente quedaron paralizadas. Lo más destacable de estos años fue que en una sesión de la Academia de San Carlos, celebrada en 5 de diciembre de 1897, se abordó la redacción de otro informe pedido por el Ayuntamiento acerca del remate que su arquitecto mayor había proyectado para la torre de la Lonja, donde figuraban almenas coronadas iguales a las del resto del edificio. La Comisión nombrada para emitir este dictamen recordó que ya en varias ocasiones, contestando en la Academia a la misma consulta, se dijo que la obra de restauración de aquel monumento debía limitarse a la conservación de lo existente, sin añadir nada nuevo.²¹

En una reveladora visita a las obras de restauración de la Lonja verificada en marzo de 1899, a la que acudieron muchos concejales, la comisión de la Academia de Bellas-Artes de San Carlos, la comisión de la sección de Arqueología de Lo Rat-Penat, varios socios del Círculo de Bellas Artes y personas aficionadas, se dieron, por parte de la municipalidad, extensas explicaciones sobre las obras ejecutadas, las que estaban en vías de ejecución y las proyectadas. En aquel momento se preparaba la magna obra de terminar el Salón del Consulado, en el que se estaban componiendo los ventanales de manera escrupulosa, utilizándose la carpintería antigua y su herraje primitivo. Como final de los trabajos de restauración se preveía adosar un artesonado en aquel salón, cuyo anteproyecto, formado por Aixa, se examinó.²² Sin embargo, finalmente este diseño no se llegó a ejecutar, pues se aprovecharon los restos de uno de los artesonados de la antigua Casa de la Ciudad, los del Salón Dorado, que habían sido encontrados en el exhospital de San Pablo. Igualmente procedía de la Casa de la Ciudad, y se encontró en el mismo lugar, la reja de hierro del siglo XVII que se colocó en 1901,

oportunamente restaurada, en la puerta de acceso a la capilla de la Lonja.²³

El emplazamiento de la reja y el artesonado de la Casa de la Ciudad, así como el estudio del pavimento, cerraba el capítulo de las más destacadas intervenciones en la Lonja, cuya restauración continuaría en los primeros años del siglo XX. Hasta entonces no se finalizaría el remate almenado con coronas del torreón que hoy puede contemplarse, a pesar de los consabidos informes de denuncia de la Academia, que todavía en 1899 se reiteraba en su negativa de añadidos.

La restauración de la Puerta de Serranos

El carácter de la restauración de las Torres de Serranos fue más riguroso que el de la Lonja y generalmente contó con el beneplácito de la Academia, que instó al Ayuntamiento para que reemplazase los detalles perdidos en el monumento, eso sí, después de una concienzuda investigación documental. La parte decorativa se resolvió mayoritariamente con la imitación de los detalles que se conservaban en buen estado, si bien, en alguna ocasión, no se desdeñó el seguimiento de ciertos modelos ornamentales que circulaban en la época.²⁴

En el Ochocientos, el caso de estas torres planteaba una cuestión imperativa y previa a su reparación: el desalojo de los presos que albergaba. En 1586 el edificio había sido adaptado al uso penitenciario tras el incendio de las primeras cárceles de la ciudad, sufriendo las necesarias reformas para el fin a que se destinaba, la principal en 1589 por el maestro Agustín Roca. Ningún éxito produjo la exposición del general Elío a Fernando VII en 1817 pidiendo que se construyera un local destinado exclusivamente a presidio, ni tampoco los propósitos del Ayuntamiento en 1837 intentando fusionar las cárceles de Serranos y las de San Narciso en un edificio de nueva planta. Por el contrario, el correccional de San Narciso fue derribado en 1873 y sus reclusos pasaron a engrosar las saturadas torres, que quedaron como las únicas cárceles de partido.²⁵

Uno de los primeros testimonios del siglo XIX de denuncia pública contra el hacinamiento de los presos en las torres y sobre la necesidad de construir unas nuevas prisiones, lo encontramos en unas cartas publicadas por el diario *Las Provincias* a finales de 1867.²⁶ También el propio Amadeo I, después de una visita a la ciudad en septiembre de 1871, lamentaba las miserables condiciones de esta construcción como cárcel.²⁷ Desde ese momento, los escritos en la prensa reclamando su extinción como presidio y la erección de uno nuevo van a abundar.²⁸ El tema de fondo en estos artículos era la desazón por que esta fortificación siguiese siendo una

²⁰ Cfr. "Arqueología valenciana", *Almanaque Las Provincias para 1897*, pp. 205-209.

²¹ Cfr. *Las Provincias*, 6 diciembre 1897, p. 2; "Arqueología valenciana. 1897", *Almanaque Las Provincias para 1898*, pp. 105-107, y "Arqueología valenciana. 1898", *Almanaque Las Provincias para 1899*, pp. 205-207.

²² Cfr. "Una visita a la Lonja", *Las Provincias*, 4 marzo 1899, p. 2.

²³ Cfr. "Arqueología valenciana. 1901", *Almanaque Las Provincias para 1902*, pp. 291-294.

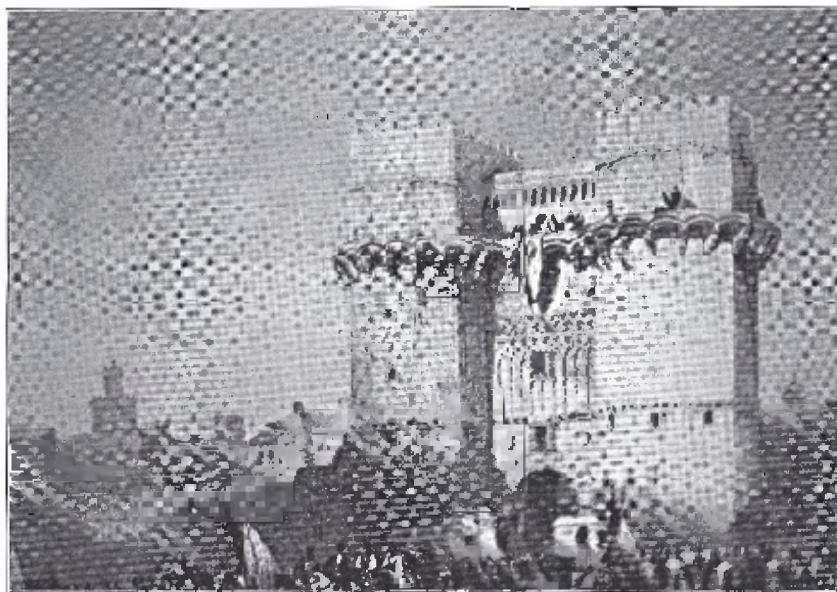
²⁴ Véase al respecto el artículo de Carmen Blázquez Izquierdo, "Historia de una restauración: la Puerta de Serranos", *Ars Longa*, nº 5, 1994, pp. 159-166.

²⁵ Véase Luis Tramoyeres, "Las cárceles de Serranos", *Almanaque Las Provincias para 1888*, pp. 279-283.

²⁶ Cfr. *Las Provincias*, 17 diciembre 1867, p. 2, y 18 diciembre 1867, p. 2.

²⁷ Cfr. *Las Provincias*, 7 septiembre 1871, p. 2.

²⁸ Véase, por ejemplo: "Las Torres de Serranos", *Revista de Valencia*, abril 1883, y "Las Torres de Serranos", *El Mercantil Valenciano*, 1 agosto 1879, p. 1.



Valencia. Puerta de Serranos. Grabado del siglo XIX. Obsérvese la ausencia de antepecho almenado en la barbacana y los vanos abiertos en los muros.

inmunda mazmorra, impropia de una ciudad tan populosa y próspera, y del siglo que tantos avances había producido en todos los campos del saber. Pero también, paliada o abiertamente, los comentarios contenían unas profundas intenciones de recuperar un edificio que declaraba la gran expresión de la arquitectura militar de la acreditada Edad Media cristiana de Valencia, de su importancia y de la vida foral.

En agosto de 1883 se iniciaron unas obras que la Junta Municipal de Higiene y Salubridad Pública había propuesto para sanear las cárceles y aliviar la suerte de los presos.²⁹ Era una medida precaria hasta que se consiguiese el desalojo definitivo con la construcción de una nueva cárcel-modelo, que no se hacía por falta de dinero e iba aplazándose año tras año.

El problema comenzó a resolverse cuatro años después, en 1887, con el nombramiento de Luis Polanco como gobernador civil, quien tuvo la feliz idea de trasladar a los presos, de modo provisional pero de inmediato, al ex-convento de San Agustín, donde existía un correccional que no ocupaba todo el edificio, lo que se verificó en 23 de marzo de 1888.³⁰ Se postergaba para mejor ocasión edificar unas nuevas cárceles, si bien los reclusos iban a disfrutar de más digno acomodo y las Torres de Serranos quedarían vacías.

Poco antes de evacuarse el edificio y, mientras concluían las obras de la nueva cárcel habilitada en el correccional de San Agustín, se nombró a José Camaña Laymón arquitecto provincial y teniente de alcalde, para que informara del destino que se les debía dar. Las opciones que al respecto se planteaban eran diferentes, aunque, a juzgar por la prensa, las que dominaron en la opinión pública fueron las de instalar allí un museo ar-

queológico o bien la colección paleontológica que Rodrigo Botet había donado a Valencia. Al mismo tiempo, la Comisión Provincial de Monumentos Históricos hacía todo lo que estaba en su mano para que el gobierno las declarara monumento artístico nacional, y así poder habilitarlas como museo y archivo.

A finales de 1887, el arquitecto José Camaña había formulado ya el dictamen acerca de su destino, tan pronto las torres fueran evacuadas de los presos. Proponía destapar el talud hasta dejar al descubierto toda la obra exterior. Como resultaría un ancho foso, indicaba la necesidad de un puente que lo salvara, enlazando el extremo del Puente de Serranos con la plaza del mismo nombre. En el interior habrían de derribarse los tabiques y escaleras construidas en diferentes épocas y que no guardaban ninguna analogía con las líneas generales de las torres. Éstas quedarían aisladas, derribándose un trozo de muralla que las unía a otra dependencia carcelaria llamada el Torreón del Águila. Seguidamente comenzaron los arquitectos municipales a estudiar el proyecto de separación, a fin de que el día que los presos las desalojasen fueran declaradas monumento artístico.³¹

Una de las cuestiones que más había indignado a la opinión pública había sido la cubrición por el Ayuntamiento en 1871 de los fosos de la fortificación y, por ende, del talud de sus paramentos, ignorando los juicios contrarios del Ateneo Científico, de la Diputación y de la Academia de San Carlos, a la que pidió su parecer aquel año, a pesar de que en principio no se tuvo en cuenta. La prensa local trató en su momento el tema con el máximo apasionamiento, oponiéndose siempre a la decisión municipal, pero no consiguió resultado al-

²⁹ Cfr. *El Mercantil Valenciano*, 15 agosto 1883, p. 2, y 26 agosto 1883, p. 2.

³⁰ Cfr. "Valencia en 1887", *Almanaque Las Provincias para 1888*, pp. 29-46 y "Ramillete de efemérides curiosas", *Almanaque Las Provincias para 1902*, pp. 189-192.

³¹ Véase *El Mercantil Valenciano*, 11 noviembre 1887, p. 2; 16 noviembre 1887, p. 2; 24 noviembre 1887, p. 2; 27 noviembre 1887, p. 2; 1 diciembre 1887, p. 2, y 22 diciembre 1887, p. 2. Véase también "Las cárceles de San Agustín", *Las Provincias*, 27 octubre 1887, p. 2, y, en el mismo diario, las gacetillas del 20 noviembre 1887, p. 2; 29 noviembre 1887, p. 2, y 23 diciembre 1887, p. 2.

guno. En enero de 1874 acordó el Ayuntamiento pedir a la Diputación que una comisión de tres individuos designados por la Academia de San Carlos, la Comisión de Monumentos y el Ateneo Científico emitiesen su dictamen sobre la conveniencia o no de abrirlos. En 1893 un nuevo informe de la Academia recalca la prioridad de restablecerlos para dejar visibles los taludes del basamento. A pesar de todo, la apertura de los fosos y el descubrimiento del talud no se verificó hasta mucho después, en 1909.³²

Los trabajos de restauración de las Torres de Serranos se iniciaron en 1888, aunque no serían efectivos hasta el año siguiente, bajo la dirección de los arquitectos municipales José Calvo Tomás y Luis M^a Cabello y, posteriormente, bajo la de Gerardo Roig Gimeno. En un primer momento fueron aisladas las diversas dependencias anexas que formaban el entramado carcelario y se derribaron los segmentos de muro que estaban unidos a la fortificación, con el fin de habilitar una de sus partes como asilo nocturno de mendicidad, lo que se llevó a efecto en julio de 1889 bajo la dirección del arquitecto Luis M^a Cabello Lapiedra. Después se demolieron los calabozos, tabiques y cuantas obras se habían hecho para instalar el presidio, además de rascar las paredes que estaban enjalbegadas de cal. Finalmente, en 1892, se terminaron de derribar las últimas dependencias contiguas que quedaban y los restos de las murallas, como el Torreón del Águila, donde estuvo instalado el mencionado asilo.³³

Las obras prosiguieron, con algunas intermitencias, hasta 1893, cuando el Ayuntamiento pidió a la Academia de San Carlos que designara una comisión para dictaminar sobre las labores de restauración. Formada por los arquitectos Antonio Martorell Trilles y José Calvo, y por el erudito José E. Serrano Morales, la delegación redactó un informe en el que se señalaba lo que se había hecho, lo que todavía debía realizarse y la conveniencia de completar la restauración, no solamente quitando lo que se añadió a las torres, sino agregando lo que se destruyó, para que volviesen a recuperar el esplendor que tuvieron en el siglo XIV. Este documento, el más significativo de los redactados hasta entonces, fue "un verdadero programa de restauración" para recuperar la "primitiva pureza" del edificio y exhortaba al Ayuntamiento a seguir sus planteamientos.³⁴ Entre ellos, se encontraban como actividades más destacadas la reposición del antepecho murado de la barbacana, la

limpieza de paramentos y la reconstrucción de la arcatura del muro exterior del cuerpo central, que se terminarían dos años después.

A partir de 1894 las obras tomaron un nuevo impulso. A la dirección de los arquitectos municipales que encabezaba Antonio Ferrer Gómez, arquitecto mayor desde 1890, y al responsable de la ornamentación, el escultor José Aixa, que figuraba al frente de la parte artística desde agosto de 1893, se unió una Comisión permanente de la Academia, encargada de vigilar y formular las oportunas observaciones para que los trabajos fueran lo más acertados posible.³⁵

En 1895 se completaron buena parte de las tareas propuestas en el informe de 1893, desarrollándose una gran actividad, como nunca antes había ocurrido. A finales de enero se había terminado la reconstrucción de la escalera colgada que por el lado izquierdo del piso principal conducía a la planta superior, y se estaba preparando la piedra para cubrir el desembarque de dicha escalera a la terraza. También se habían recompuesto las dos ballesteras o troneras del mismo piso que recaían por el exterior a la calle de Blanquerías, así como una repisa muy ornamentada del cuerpo central, cuyo modelo era de José Aixa.³⁶ En febrero ya se había terminado la cubierta de la escalera que daba acceso a la terraza, continuaba el restablecimiento de las ballesteras del lado izquierdo del piso principal y se estaban sustituyendo los sillares deteriorados del muro exterior junto a la puerta.³⁷ Un mes después estaban restauradas todas las ballesteras de la torre derecha y comenzaba a practicarse idéntica operación en la otra torre. Asimismo, se había reparado el paramento exterior junto a la puerta, donde hubo necesidad de sustituir muchos de los antiguos sillares.³⁸ En mayo las obras en el interior de las torres tocaban a su fin y fueron examinadas por Martínez Aloy, los arquitectos José Calvo, Antonio Martorell y Antonio Ferrer, individuos de la Academia, José Aixa y otros, quienes manifestaron la escrupulosidad que se estaba siguiendo en la restauración y determinaron continuar la actuación en la torre izquierda.³⁹ El 21 de septiembre se reunió en las torres la Comisión de Monumentos y Archivos municipales y la nombrada por la Academia de San Carlos para ocuparse del examen de las obras. Entre otras cosas de menor relevancia, acordaron construir un antepecho almenado en las barbacanas, cuyo proyecto se inspeccionó sobre el terreno en 28 de noviembre del mismo año. Era preciso

³² Véase Juan Dorda, "Las Torres de Serranos. Documentos académicos", *Archivo de Arte Valenciano*, marzo 1915, pp. 3-14. Véase asimismo "Las Torres de Serranos", *Las Provincias*, 28 diciembre 1872, pp. 2 y 3; "Mejoras de Valencia", *Las Provincias*, 5 enero 1879, pp. 2 y 3; A. Martín, "Mejoras urbanas de Valencia. Que los sueños... sueños son", *Almanaque Las Provincias para 1882*, pp. 180-183, y *Las Provincias*, 16 enero 1874, p. 2.

³³ Cfr. *Las Provincias*, 13 abril 1892, p. 2 y *El Mercantil Valenciano*, 28 octubre 1888, p. 2; 9 abril 1889, p. 2; 23 mayo 1889, p. 2; 18 julio 1889, p. 2; 9 agosto 1889, p. 2; 10 agosto 1889, p. 2, y 21 diciembre 1889, p. 2.

³⁴ Este informe está reproducido íntegramente en Juan Dorda, op. cit., pp. 5-9 y lo cita Carmen Blázquez, op. cit., p. 162.

³⁵ Cfr. *Las Provincias*, 17 enero 1894, p. 2 y 4 febrero 1894, p. 2.

³⁶ Cfr. "Las torres de Serranos y la Lonja", *Las Provincias*, 29 enero 1895, p. 2.

³⁷ Cfr. *Las Provincias*, 15 febrero 1895, p. 2.

³⁸ Cfr. "Notas artísticas", *Las Provincias*, 29 marzo 1895, p. 2. Cuando se arrancó una de estas piedras, aparecieron algunos fósiles del género *pecten maximus* o concha de los peregrinos, propios de los terrenos terciarios de la provincia. Martínez Aloy, presidente de la Comisión de Monumentos, dispuso que estos fósiles fueran depositados en una sala de la torre derecha, en la que se iban agrupando restos lapidarios, con la idea de que con el tiempo fueran la base de un museo municipal. Este aspecto resulta interesante, puesto que ya a finales del XIX se plantea la necesidad de dar una utilidad al monumento, lo que no se impondrá entre los criterios de la restauración arquitectónica hasta las primeras décadas del siglo XX.

³⁹ Cfr. "Las Torres de Serranos", *Las Provincias*, 22 mayo 1895, p. 2.

acabar de restablecer los arcos de la barbacana, que amenazaban ruina, para que una vez terminados se procediera a levantar la mencionada barandilla almenada,⁴⁰ pero no se haría sino después de una rigurosa inspección documental, aunque a nuestro modo de ver en ciertos aspectos cuestionable.

A principios de 1896, la Comisión de Monumentos, Archivos y Museos municipales, creada en 1894, continuaba en la empresa de restaurar escrupulosamente las torres, de acuerdo con el programa formado por la Academia de Bellas Artes, asesorándose además, en todos los casos dudosos, por la Comisión permanente que, al efecto, había nombrado esta corporación, formada por académicos entendidos como José Calvo, Antonio Martorell y José E. Serrano Morales.

En un explícito, aunque en ciertos planteamientos discutible artículo, el diario *Las Provincias* señalaba los puntos dudosos que entonces se cuestionaban en la restauración.⁴¹ Uno de ellos se refería a la reconstrucción de la barbacana con antepecho almenado, que aún estaba por realizar. Dado que sólo quedaban de la construcción primitiva las bóvedas y ménsulas, el asunto principal era dilucidar si realmente pudo tener antepecho. Según informaba el articulista, quedaban restos de las huellas de los extremos de esta construcción en los muros, pero consideraba que estos vestigios, dada la precisión que se venía siguiendo en la restauración del monumento, no eran suficientes para afirmar la existencia de este muro protector: se necesitaban más datos. De este modo, en el artículo se constataba la existencia de un grabado del siglo XVII como el más antiguo conocido que reproducía las torres, donde los entendidos creían ver la mencionada barbacana con un pretil murado.⁴² Este testimonio tampoco resultaba suficiente para la Comisión, que necesitaba mayores pruebas, por lo que se recurrió al Archivo Municipal, donde en los libros de *Sotsobreria* se conservaba la historia de la construcción del edificio. También se señalaba como documento gráfico la imagen de las Torres de Serranos que aparece en el plano del padre Tosca de 1705, donde curiosamente observaban una decoración a base de "coronas" en los remates de las torres y la barbacana, algo que, en nuestra opinión, resulta muy difícil de apreciar y que condujo a errores. Del mismo modo, el *Almanaque de Las Provincias para 1896* señalaba también la presencia de estas coronas.⁴³

Proseguía el comentarista indicando las pruebas definitivas que aportaba el Archivo Municipal respecto al almenado de la barbacana. Constaba que en 1757 el regente de la Audiencia pidió que se verificasen varias reparaciones en las torres y que el maestro albañil Rafael Morata, tras una visura a las mismas, informó de la necesidad de desmontar el muro y almenas de la barbacana por amenazar ruina, estado en el que igualmente

se encontraban la mayor parte de las almenas "de coronación" o remate de las dos torres. Con arreglo a este informe y el justiprecio que hizo de las obras el maestro mayor de la ciudad, José Herrero, se procedió al desmonte de la barbacana, de acuerdo con el siguiente dictamen que recoge el mencionado artículo:

Otrosi: También es preciso deshacer las cinco almenas y pretil que hay entre las dos torres y caen sobre la barbacana que cubre el tránsito y salida de la puerta principal de la ciudad, por estar desplomadas a la parte de afuera con evidente peligro de suceder muchas desgracias al bien público. Igualmente amenazan ruina la mayor parte de las almenas y pretil de la mencionada barbacana, por lo que es de sentir el declarante que sin dilación alguna se desmonten las referidas almenas y pretil y se vuelvan a hacer de nuevo aprovechando todo lo que fuese bueno para que no suceda ninguna desgracia, etc.⁴⁴

Continuaba el artículo mencionando la renovación en 1757, o algunos años después, de las almenas del remate de las torres en la forma sin coronas que a la sazón presentaban, pero reiteraba la presencia de éstas en la decoración original. Opinaba que con todos esos datos la restauración de la barbacana y almenas no presentaría dificultad alguna. Fácilmente podrían imaginarse y una vez concluidas estas obras se admiraría el gran sentido estético del constructor, cuando "los dos órdenes de almenas en cada uno de los cuerpos" semejaran "inmensas coronas, cortando graciosamente la barbacana la elevación de los planos, de suerte que se utilizaba como detalle decorativo lo que en realidad era un elemento para la defensa (...) y punto estratégico de ataque contra invasor ejército".

Otro de los puntos polémicos era el referente a la "afiligranada arcatura" que decoraba el paramento exterior del cuerpo central. En opinión del redactor, su escrupulosa restauración se resolvería en virtud de los datos suministrados por el Archivo, donde constaba que esta decoración fue destruida para facilitar luz y ventilación a los departamentos de la cárcel al abrirse unas ventanas. También explicaba que sobre el arco de la puerta había existido un escudo real, y a sus lados dos grupos de ángeles sosteniendo sendos escudos de Valencia, de lo que sólo restaban mutilados fragmentos. A propósito de este particular aportaba valiosos datos históricos: que el citado conjunto decorativo fue ejecutado en 1394; que lo policromó "el famoso pintor alemán domiciliado en Valencia *Mestre Marçal de Cos*",⁴⁵ entrando 600 panes de oro en el escudo real; que "a uno de los lados de la puerta se colocó una lápida con una inscripción en letras doradas, que pintó Pedro Nicolau", en la que, a semejanza de las que "en es-

⁴⁰ Cfr. *Las Provincias*, 22 septiembre 1895, p. 2; 27 noviembre 1895, p. 2, y 30 noviembre 1895, p. 2.

⁴¹ Véase X., "Las Torres de Serranos", *Las Provincias*, 24 enero 1896, p. 2.

⁴² El grabado debe ser el que aparece en la portada del libro de Melchor Fuster, *Misceláneas predicables, políticas y morales*, impreso en 1671, que reprodujo Juan Dorda en su trabajo citado. Aunque se tomó como documento fidedigno para justificar la existencia del antepecho murado, a juzgar por lo que se ve, no resulta tan evidente, pues más que del muro parece que las almenas arranquen de las ménsulas.

⁴³ Cfr. "Arqueología valenciana. 1895", *Almanaque Las Provincias para 1896*, pp. 183-188.

⁴⁴ Cfr. X., op. cit., p. 2.

⁴⁵ Debe tratarse del conocido pintor Marçal de Sax.

tado lamentable” se conservaban en las Torres de Cuarte, se inscribió la fecha en que comenzaron las obras y otros datos conmemorativos, y que en el centro de la arcada de la puerta mayor había una especie de hornacina donde se colocó una cruz de piedra que también pintó Nicolau.

El artículo concluía resaltando el concienzudo trabajo que, bajo un plan metódico y razonado, estaba realizando la Comisión de Monumentos en las Torres de Serranos, pero lamentaba, no obstante, que no pudiera “decirse otro tanto de análogas empresas”, aludiendo seguramente a la desacertada intervención en la Lonja de la Seda.

En abril de 1897 se reunió la Comisión mixta de concejales y la especial de restauración de las torres formada por académicos de San Carlos, a la que se habían agregado Juan Dorda y Teodoro Llorente, para decidir sobre algunos detalles interesantes de las obras. Principalmente se trató una vez más el reiterado tema de las almenas que remataban las torres y de las que, para restablecer la construcción antigua, se estaban colocando en la barbacana. Se insistía, basándose en unos supuestos “datos irrefutables”, que no se mencionaban, en que dichas almenas estuvieron adornadas con coronas, como estaban las de la Lonja.⁴⁶ Incluso Aixà llegó a trazar los modelos de estas coronas, de las que se afirmaba que habían de dar mayor “suntuosidad y elegancia” a un monumento que sería el orgullo de Valencia cuando estuviera completamente restaurado.⁴⁷

Después de diversas interrupciones por falta de consignación, las principales obras de restauración de las Torres de Serranos se dieron por terminadas en 1913. Tan sólo faltaba por resolver el problema de la gran escalera exterior adosada a la torre izquierda, cuya restauración se completó en 1917. Los detalles secundarios seguirían preocupando hasta los años 30 del siglo XX.⁴⁸

A pesar de las frecuentes dilaciones, la recuperación de las torres contó habitualmente con el beneplácito del público y de las instituciones, por la pulcritud con que se abordó y por el gran esfuerzo que se llevó a cabo en reunir la adecuada documentación que permitiese reconstruir los detalles perdidos con la máxima fidelidad.⁴⁹

Otras restauraciones de monumentos góticos

Un tercer grupo de monumentos góticos valencianos que el Ayuntamiento también resolvió restaurar a finales del siglo XIX fueron las cruces de término o *peirons*. De un total de cinco, tres de ellas cubiertas y las otras dos descubiertas e incompletas, sólo se consolidaron en

la época que nos ocupa dos de las primeras: la del *Miracle* y la de *Carraixet*.

En octubre de 1894, reunida la Comisión Municipal de Monumentos, Archivos y Museos bajo la presidencia de José Martínez Aloy y, a propuesta suya, se acordó nombrar una subcomisión especial que practicara una visita de inspección a las cruces cubiertas del término municipal y que promoviera un proyecto para restaurarlas. Dos meses después, en diciembre, comenzaron a efectuarse las visitas de inspección por el mismo Martínez Aloy, acompañado por el arquitecto municipal, Antonio Ferrer; el archivero del Ayuntamiento, Vicente Vives Liern, y el oficial de éste, Luis Tramoyeres Blasco.

La primera cruz en visitarse fue la llamada del *Miracle* o *Creu Coberta*, notable construcción del siglo XIV en el antiguo Camino Real de Madrid. Se encontraba en un estado de deterioro muy avanzado, sobre todo en la cubierta, apareciendo los pilares que la sostenían con el típico embadurnamiento de gruesa capa de cal. En 1895 la Comisión de Monumentos acordó su restauración, pero no sería hasta 1897 cuando el arquitecto Antonio Ferrer ofició a la Alcaldía la necesidad de su inmediato apuntalamiento para proceder a su reparación, que se inició al año siguiente y se terminó a mediados de junio de 1899. Como venía siendo habitual en estas restauraciones de monumentos históricos, una comisión de la Academia de San Carlos intervino en la supervisión de las obras, y al frente de la labor escultórica, realizada siguiendo el estilo gótico original, estuvo José Aixà Iñigo, quien, entre otros trabajos, esculpió en piedra el escudo de la Ciudad, que anteriormente era de yeso. La Cruz del Camino Real de Barcelona o de *Carraixet*, también del siglo XIV y la más antigua de todas, no se rehabilitó hasta 1900, bajo la misma dirección de Antonio Ferrer. A la de Mislata, sin embargo, no le cupo igual suerte. En 1901 la Comisión de Monumentos propuso su restauración, pero el Ayuntamiento devolvió el dictamen para que se informase sobre si verdaderamente tenía carácter monumental. En 1914 dicha Comisión propuso nuevamente al Ayuntamiento que se reconociera la cruz por la sección facultativa de Policía Urbana y que se tomasen las medidas oportunas. Este llamamiento tampoco surtió efecto, pues en 1918 el arquitecto municipal presentaba un nuevo informe declarando su mal estado y proponiendo varias soluciones para reconstruirla, que otra vez fueron desoídas.

De las otras dos cruces, las descubiertas, que eran la del Camino de Aragón y la del Camino del Mar, únicamente se conservaban algunos restos, aunque no la cruz propiamente dicha. Respecto a la primera, mereció algún tanto la atención pública, denunciándose en la prensa el ruinoso estado de las partes que queda-

⁴⁶ En nuestra investigación no hemos encontrado esos presumibles “datos irrefutables” que justificarían la existencia del adorno de coronas en las almenas, aunque el deseo de engalanar el preciado monumento hacía que la Comisión se preocupara una y otra vez por el mismo tema, que año tras año seguía sin resolverse. Ni siquiera el citado informe de 1893, cuyas directrices habían de seguirse en la restauración, planteaba este asunto.

⁴⁷ Cfr. “Notas artísticas”, *Las Provincias*, 14 abril 1897, p. 2.

⁴⁸ Véase Carmen Blázquez Izquierdo, op. cit., pp. 159-166.

⁴⁹ Sobre la opinión favorable del público véase *El Mercantil Valenciano*, 28 octubre 1888, p. 2; 9 abril 1889, p. 2; 3 mayo 1889, p. 2; 23 mayo 1889, p. 2; 18 julio 1889, p. 2; 9 agosto 1889, p. 2, y 21 diciembre 1889, p. 2. Véase también *Las Provincias*, 9 agosto 1889, p. 2 y 8 octubre 1889, p. 2. Los informes de la Academia de San Carlos de 1871 a 1893 sobre este particular fueron publicados íntegramente por Juan Dorda (véase Juan Dorda, op. cit., pp. 3-14).

ban y el peligro de su desplome, aunque no se tomaron medidas hasta avanzado el siglo xx. La última, casi perdida por completo y sustituida la cruz de piedra por una de hierro en el siglo xviii, despertó un escaso interés.⁵⁰

De menor importancia, respecto a las realizadas por el Ayuntamiento, fueron otras restauraciones de edificios góticos. La principal de ellas fue la de algunos espacios de la Catedral; sobre todo, y la más acertada, la del Aula Capitular o Capilla del Santo Cáliz, edificio de mediados del siglo xiv. Con extremado rigor dirigió las obras el eclesiástico e historiador Roque Chabás desde 1895 a 1899. Se limpiaron los frescos renacentistas que estaban allí colgados, se completaron las vidrieras y se repararon las paredes, huyendo en todo momento, según se informó, de "aditamentos bastardos". Además, la sala fue despejada de aquellos objetos que estorbaban su primitiva función religiosa y distraían de la pureza de su traza originaria, tales como las librerías que ocupaban los asientos de piedra.⁵¹

La restauración del Miguelete, como se conoce popularmente a la torre-campanario, fue polémica y en diversas ocasiones se reprochó la patanería con que se ejecutaban las reparaciones, en las que incluso se llegaron a perder sillares con marcas de canteros. En 1895 una tosca barandilla de hierro vino a sustituir otra de

madera en la cúspide, causando diversos destrozos. Con más acierto, unos meses después, tras una visita girada por el alcalde de la ciudad y el arquitecto municipal Manuel Cortina, pudo conseguirse que se almacenaran los fragmentos más interesantes de lo que fue el primitivo antepecho de piedra, que además contenían varias inscripciones de innegable valor histórico. Ante la torpeza de la restauración, y probablemente animado por la idea de reconstrucción a partir de modelos originales, que era seguida comúnmente en estas restauraciones de edificios góticos, Cortina, dos años después, se decidió a presentar un proyecto más riguroso de remate para el Miguelete, para cuyo diseño tomó por base algunos de los restos recopilados del antiguo calado del pretil. El remate consistiría, si se aprobaba el proyecto, en un cornisamento y crestería de estilo gótico, sirviendo esta última de balaustrada.⁵²

Por lo general, las restauraciones efectuadas en las iglesias, salvo raras excepciones, se restringían a meras reparaciones y limpieza, siendo corriente el que se criticasen, pues abundaron los casos en que, para atajar, se embadurnaban grotescamente con cal muros y portadas. Esta solución era la que solía aplicarse también en el exterior de muchas casas solariegas, evitando así reparaciones más costosas, pero desfigurándolas en gran medida.

⁵⁰ Véase Yola (José Martínez Aloy), "Las cruces divisorias de Valencia", *Las Provincias*, 21 febrero 1898, p. 2 y Salvador Carreres Zacarès, "Cruces terminales de la ciudad de Valencia", *Archivo de Arte Valenciano*, Valencia, 1927, pp. 83-108. Véase asimismo "Arqueología valenciana. 1898", *Almanaque Las Provincias para 1899*, pp. 205-207; "Arqueología valenciana. 1903", *Almanaque Las Provincias para 1904*, pp. 95 y 96, y "Arqueología valenciana. 1904", *Almanaque Las Provincias para 1905*, pp. 255-257; *Las Provincias*, 30 octubre 1894, p. 2; 22 diciembre 1894, p. 2; 23 diciembre 1894, p. 2; 8 diciembre 1898, p. 2; 14 abril 1899, p. 2; 8 junio 1899, p. 2; 20 junio 1899, p. 2, y "Lo Rat-Pena: en la Cruz Cubierta", *Las Provincias*, 27 octubre 1898, p. 2.

⁵¹ Cfr. "Restauración del Aula Capitular de la Catedral de Valencia", *Almanaque Las Provincias para 1900*, pp. 171 y 172; "Arqueología valenciana. 1895", *Almanaque... para 1896*, pp. 183-188; "Arqueología valenciana. 1904", *Almanaque... para 1905*, pp. 255-257, y "Arqueología valenciana... 1905", *Almanaque... para 1906*, pp. 255-257. Véase también Yola, *Las Provincias*, 23 mayo 1895, p. 2.

⁵² Cfr. *Las Provincias*, 18 agosto 1895, p. 2 y *Las Provincias*, 14 enero 1897, p. 2.